

A PROPÓSITO DE UN NUEVO ESTUDIO SOBRE TARTESO*

Antonio Tovar

En el prólogo declara el autor que realiza su trabajo con ciertos escrúpulos. A pesar del ejemplo de un gran historiador de la Antigüedad como Eduard Meyer, en las distintas secciones de la historia antigua domina hoy, como en otras ramas de las humanidades, una creciente especialización, «cada vez más estéril»; por ello ha intentado un estudio que salte por encima de los límites de especialidades. En efecto, si el título de la investigación anuncia que su campo principal es el de la geografía histórica y la toponimia, nos encontramos, al ver el índice de capítulos, con que se trata de Tarsis tanto en las referencias bíblicas como en una inscripción asiria y en el conjunto de la tradición grecorromana.

Tenemos que llamar la atención sobre este libro de los estudiosos en España de la Antigüedad, pues desde hace casi cuatro siglos, a partir del padre Juan de Pineda, entró Tarsis en el horizonte de la historia antigua de España; y para nosotros, la generación de estudiosos ya avanzada en años, el tan interesante libro de Adolf Schulten, aparecido en 1922, y por última vez en español en 1945, nos ha acompañado largo tiempo y ha tenido una gran autoridad. Es bueno que se renueve con crítica actual el acercamiento a la cuestión.

* MICHAEL KOCH, *Tarsisch und Hispanien. Historisch-geographische und nomenkundliche Untersuchungen zur phönikischen Kolonisation der iberischen Halbinsel*, Deutsches Archäologisches Institut, Abteilung Madrid. Madrider Forschungen, Band 14. Walter de Gruyter & Co., Berlin 1984. 1 vol. en 4.º mayor (22 × 31 cm) XLIX, 170 pp.

El autor de este libro quiere, desde el punto de vista del historiador, y con los medios a su disposición, «resolver de modo definitivo la cuestión de Tarteso; [...] la arqueología, prehistoria y protohistoria, así como la lingüística, son utilizados para contrastar los resultados a que llega el historiador». Considera a la arqueología misma como criterio para juzgar, sin intentar armonizar todos los resultados, sobre los testimonios concordantes y discordantes (p. 1).

Tanto en la forma semítica *Tarschisch* como en la griega Ταρτησός¹, Sieglin, como Lenormant y Oppert, apoyándose todos en F. Movers, autor de una famosa obra sobre los fenicios (1845-1856, reimpressa en 1967), había sostenido que a esas formas subyace una indígena. Koch la da como *trt/trs* (p. 6); ya desde el siglo X lo más tarde, los semitas (fenicios, luego israelitas y cartagineses) usan el nombre de Tarsis para una región al Sur de nuestra Península; *Tartesós* es la forma griega correspondiente, sin que nuestro desconocimiento de la lengua indígena original nos permita saber si en griego hubo una disimilación de las dos eses de *Tarsis*. La referencia a los contactos de Hiram I de Tiro y Salomón de Israel con el extremo Occidente se consideran en este libro como históricos; se buscaban en estos viajes metales preciosos, y se continuaba una larga tradición de navegaciones fenicias. No hay razones suficientes para interpretar el silencio de las fuentes bíblicas a partir del exilio, y el de las griegas desde el siglo V, como resultado de una destrucción de Tarteso; pues según Koch, Tarsis sigue existiendo en la época cartaginesa, y su nombre se mantiene hasta después de la segunda guerra púnica.

Tales son los supuestos de que parte el autor de este libro. Koch ha examinado los textos bíblicos en la bibliografía moderna que los estudia. Ha analizado el texto hebraico y el trabajo de los filólogos sobre él, y aporta con ello luces nuevas a un capítulo importante de la historia antigua de Hispania.

La mayor parte del libro está dedicada a un minucioso examen de las fuentes bíblicas, comenzando por las referencias del I libro de los Reyes. En 9, 26 y 28 y 10, 11 y 22 tenemos clara alusión a una armada del Mediterráneo; mientras que los barcos de Ofir, que salen

¹ Koch, p. 111, basándose en el trabajo de W. SIEGLIN, *Zeitschrift für Ortsnamenforschung*, X, 1934, pp. 266-275, cree que la doble *ss* es una falsa analogía sobre los numerosos nombres griegos y «pregriegos» en -ησσος. Los manuscritos griegos y latinos parecen estar en favor de una sola *s* para Ταρτησός/*Tartesus*.

de Ezion Geber, traen oro, los de Tarsis traen plata. Lo que ocurre es que en varios lugares se encuentra referencia a naves de Tarsis que van a Ofir (por ejemplo en *Reyes I* 22, 49), lo cual se explica porque barcos de Tarsis llega a significar en general barcos capaces de hacer los viajes más largos, como era la navegación del extremo Occidente. La historicidad de los viajes a Tarsis ordenados por Salomón y la autenticidad de la mención de naves de Tarsis no pueden, frente a los argumentos de la filología y la historia, negarse. En conjunto, la tradición bíblica sobre Tarsis viene a apoyar la cronología alta para la fundación de Cádiz (p. 71).

Koch explica los viajes al Occidente dispuestos por Salomón como resultado de unos acuerdos entre el rey de Israel y el de Tiro que no podemos conocer en sus particularidades. Salomón debió comprar o arrendar barcos de Hiram, o quizá simplemente agentes israelitas viajaban en los barcos fenicios y tenían derecho a embarcar parte del cargamento.

Testimonios más tardíos son los de Isaías y Ezequiel, que orientan no sólo sobre el significado de «naves de Tarsis», sino sobre la tierra de Tarsis misma. Isaías 2, 16 y 23, 1-4 nos asegura de que en la segunda mitad del siglo VIII el concepto de naves de Tarsis y su vinculación con los fenicios era cosa generalmente conocida en Siria y Palestina (p. 39). Naves de Tarsis son barcos fenicios de alto bordo, y lo mismo significan en Ezequiel 27, 25 y en el *Tritoisaías* 60, 9 (p. 42).

Comentando el capítulo 27 de Ezequiel traza Koch un mapa en el que localiza los territorios con los que el profeta recuerda que comerciaba Tiro en sus épocas de grandeza. En ese mapa se señalan los territorios de los *'iyym* de ese texto (las «gentes» del v. 15) a lo largo de toda la costa del Norte de Africa, hasta enlazar con Tarsis, que comprende en la Península ibérica desde el Guadiana hasta el Júcar por toda la costa Sur; siguen por Cerdeña y la mitad meridional de Sicilia, con Malta, y la costa tirrena del Sur de Italia; Creta y las islas Espóradas, Mesenia y Laconia, y toda la costa meridional de Asia Menor también pertenecen en este mapa a los *'iyym*. En el apéndice II de su libro Koch identifica a los *'iyym* con los dominios de Tiro y las zonas a las que se extendió el comercio fenicio y sus emporios.

En la famosa lamentación del profeta en ese texto ve Koch, como consideración algo subjetiva, que «en el curso de las referencias al complejo de Tarsis hemos podido comprobar a veces que los

distintos añadidos, actualizaciones y transcripciones de textos proféticos, no obstante algunas incongruencias, e incluso errores históricos en ciertos puntos, nunca chocan con las leyes de la lógica histórica» (p. 53).

La mención de los barcos de Tarsis en Isaías 60 debe ser un poco más tardía que la de Ezequiel a que acabamos de referirnos. Otra vez se habla (v. 3 ss.) de las «gentes» o «pueblos», y se mencionan (v. 9) las «naves de Tarsis», que navegan hasta el extremo del mundo. Koch sitúa este texto (p. 56) alrededor del año 500 aC. ¿Se podría interpretar el versículo 9 como testimonio de que israelitas navegaron en estas naves y regresaron con oro y plata? Koch, sin decidirse por la afirmativa, no excluye la posibilidad de una diáspora muy temprana y extendida hasta donde llegaban las navegaciones fenicias (p. 60).

La mención del país de Tarsis en el salmo 72 plantea problemas, pues si por un lado las referencias geográficas y los motivos semejantes a los del Deuteronomio parece que nos sitúan en época posterior al exilio, por otra parte hay investigadores que atribuyen el salmo a época temprana: a finales del siglo VIII o ya en el VII. Se habla en el salmo de «los reyes de Tarsis y de las islas (*'iyym*)» (v. 9). El ambiente de este texto, aunque posterior a David y a Salomón, sigue reflejando, como hacen ver los estudiosos de la Biblia, el mundo idealizado de la gran época de Israel (p. 63). Esta interpretación confirmaría la consideración del salmo como orientado hacia el pasado, en lugar de inclinarlo, como hacen otros intérpretes, hacia el mesianismo.

Tales problemas exegéticos tienen importancia porque este testimonio sobre «los reyes de Tarsis y de las islas» se puede ya poner en relación con el de Heródoto (I 163 y 165), que cuenta que los focenses encontraron en Tarteso al rey Argantonio. Koch, de todos modos, se mantiene muy cauto sobre la posibilidad de suponer una monarquía tartesia en los primeros siglos del primer milenio (p. 65).

No podemos extraer del trabajo de Koch todos los textos bíblicos referentes a Tarteso con los resultados de la exégesis moderna. Recordaremos sin embargo Isaías 23, que supone una catástrofe militar que se abatió sobre Fenicia en un periodo que corresponde a los reinados de los asirios Salmanasar V, Senaquerib o Asarhaddon (es decir, entre los años 722 y 668 aC).

En estos testimonios se habla de Tarsis y, a lo sumo, de que tenía un rey. No se nos dice que Tarsis fuese una ciudad. Se habla de sus

riquezas mineras y de agricultura, pero nada más (p. 71 s.). Ezequiel 27, 12 se refiere a «plata, hierro, estaño y plomo» que se almacenaban en los depósitos de Tarsis.

La idea de Tarsis pervive, desde luego, en la tradición judía posterior al exilio. Textos como el de Jeremías 10, 9, con su referencia a la plata en planchas de Tarsis, pueden corresponder a citas de Tarsis añadidas a textos proféticos.

El famoso capítulo 10 del *Génesis*, con sus dos fuentes fundamentales, una atribuida al siglo X o IX aC y la otra a la época del exilio o poco después, se organiza en el libro de Koch con un mapa que coincide en puntos muy importantes (no sólo Tarsis, sino Put en Cirenaica, los países de Tubal y Meschesch en Asia Menor, Togarma en el país de Urarte, y la tierra de los Medos) con el que recoge los pueblos mencionados por Ezequiel en su capítulo sobre la grandeza de Tiro. Koch (p. 84 y 89) se opone a los estudiosos que interpretan la mención de Javan, el progenitor de los griegos, como padre de Tarsis (*Gén.* 10, 4), en el sentido de que significa la presencia en Tarsis de los focenses ya en el siglo VII. Las referencias de Heródoto a la presencia de los focenses no se deben interpretar como que el país indígena de *ttr/trs* pasara de estar absorbido por los fenicios a estarlo por los griegos. Javan es el hijo de Jafet que queda situado en el mapa más al Oeste, y por eso se conecta con el extremo del mundo en esa dirección.

De las alusiones en el libro de Jonás, deduce Koch que no pueden servir de testimonio de que en los siglos V-IV subsistieran navegaciones regulares entre Jafa y Tarsis.

Del Tritoisaías (Is. 11, 11-16) saca el autor de este libro un nuevo mapa, en el que Tarsis y otros de los testimonios recogidos de Ezequiel y del *Génesis* se ve que subsistían en épocas más tardías.

Viene luego una parte en que se estudia la tradición no bíblica referente a Tarsis. En primer lugar en una inscripción de Asarhaddon del año 671, en la que narra que ha vencido a Tiro, y con esta victoria se le han sometido los reyes de un mapa de horizonte semejante al de los profetas y el *Génesis*: Kus, Egipto, Chipre, Javan y Tarsis y «los reyes de las cuatro orillas del mundo». En realidad ésta es una comprobación de que lo que se sabía de Tarsis en Oriente estaba basado en las navegaciones y el comercio de los tirios y se remonta a los primeros siglos del I milenio, y, como hemos visto, perdura durante al menos quinientos años. Naturalmente que la referencia asiria a los países mediterráneos, hasta su extremo

occidental, Tarsis, no supone que los dominadores asirios llegaran a controlar el comercio tirio (p. 106). Por lo demás Koch (p. 108) no excluye del todo la posibilidad de que la gente de *trt/trs* tuviera un contacto directo con el rey de Asiria, lo mismo que sabemos que Argantonio envió donativos a Focea (Heródoto I 163).

Pasando al estudio de la tradición helenístico-romana referente a Tarteso, examina luego el autor el segundo tratado entre Roma y Cartago en 348 aC, que Polibio vio personalmente. Discute en primer lugar si Tarteso fue una ciudad, en favor de lo cual estaría el texto de Heródoto IV 152 en que se narra que la nave de Coleo de Samos visitó en maravilloso viaje el ἐμπόριον de Tarteso cuando aún estaba intacto. La verdad es que este texto y otros indicios permiten pensar, como Schulten, García y Bellido, Maluquer de Motes y otros, que el país de los tartesios tuviera, si no uno, varios centros urbanos, y uno de ellos sería ese «emporio», como lo fue el que se ha descubierto recientemente junto a Sanlúcar, en el que las excavaciones acusan relaciones importantes no sólo con los griegos, sino con los etruscos.

El segundo tratado entre Roma y Cartago, tal como nos lo trasmite Polibio, señala frente al Cabo Bon de Africa un punto nuevo, Μαστία Ταρσήιον, para trazar entre los dos una línea más allá de lo cual no les eran permitidas a los romanos la piratería, la navegación comercial y la fundación de ciudades. El *Certis* de Livio XXVIII 22, 1 encubre quizá el verdadero nombre del Guadalquivir, *Tertis* según la corrección propuesta tentadoramente por Schulten, *Landeskunde*, I p. 326 s., y así se ganaría un nombre más para el enigma *trt/trs*. La forma Μαστία Ταρσήιον, con su falta de concordancia, fue explicada por L. Wickert, *Klio* XXXI, 1938, como una interpretación por Polibio de neutro singular de un arcaico genitivo plural en *-om/-um*, en lugar de *-orum*; además Polibio desconoce Tarteso, y parece que no relacionó con él esta Mastia. Para Koch (p. 114) este pasaje de Polibio sobre Mastia es de mucha importancia, porque determina de modo indudable la ubicación de Tarsis en nuestra Península, de la que muchos dudaban.

En un mapa señala Koch la costa de Andalucía colonizada por fenicios y cartagineses; detrás de ella está el territorio poblado por los mastienos o bastetanos, y aún más extendido, hasta incluir el cabo San Vicente y buena parte de la actual provincia de Alicante, el *Tartesijs ager*. La extensión ocupada por los mastienos se da en el fragmento de Hecateo (en Estéfano de Bizancio) que considera a los

mastienos «pueblo cerca de las columnas de Hércules. Toma su nombre de la ciudad de Mastia» (p. 116). Es evidente que mastienos y bastetanos son variantes del mismo nombre.

No estaríamos de acuerdo con Koch cuando (p. 118, n. 8) ve en los *Maesseses* de las vecindades de *Orongi* o Jaén (Liv. XXVIII 3, 2) a los Μασσαυοί. Yo preferiría ver aquí un resto de pueblos libios como los *Masaisylioi* y *Masylioi* que Polibio III 33, 15 nos cuenta que Aníbal instaló en la Península en intercambios de tropas que hizo con Africa antes de salir para Italia.

En cuanto al problema del «imperio tartesio», que no es una invención española, pero que sí ha tenido gran éxito entre nosotros, Koch prefiere pensar en un área cultural cuyos límites desde el Guadiana (y diríamos desde el cabo de San Vicente, si pensamos en las inscripciones del Sudoeste) hasta el cabo de la Nao si «sólo han sido en parte confirmados por testimonios lingüísticos, tampoco han sido contradichos» (p. 121). Conceptos geográficos como Tarteso y Tartesia o Tartésida en la literatura no parece que supongan entidades políticas. Así vemos al Pseudo-Scimno citar a los tartesios y a sus vecinos los iberos. Con todo, la delimitación que hace el poema de Avieno (vv. 223 ss. y 462 s.) del territorio de los tartesios por el Oeste y por el Este, le da a Koch la impresión de que «existe en ello una especie de declaración oficiosa, lo más probablemente cartaginesa» (p. 125).

En cuanto al mapa 8, «División de la Península en tres partes desde Hecateo a Eratóstenes», es a mi juicio un tanto demasiado esquemático. Quizá porque el conocido trabajo de J. Untermann *Sprachräume und Sprachbewegungen im vorrömischen Hispanien* (1961) lo es. No está justificado que se engloben en la *Keltiké* los Kynetes del Sur de Portugal (de los que no se olvidó precisamente Heródoto), ni los vascos. Mi mapa de 1949 (*Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas*, frente a p. 200) era seguramente menos claro, pero simplificar excesivamente las cosas no tiene más que una utilidad pedagógica, que yo creo que no compensa la ocultación de lo que más o menos claramente se percibe como complicado. La certeza de que las invasiones indoeuropeas comenzaran en la Península desde el principio del primer milenio, y aun quizá antes, la complejidad de ellas, la atracción que llevó a los invasores a las zonas más ricas por sus minas y su agricultura, como prueba la onomástica con casos como *Baria* > *Vera* en Almería, o con el rey Argantonio en Tarteso, no debe hacernos aceptar como límites de la indoeuro-

peización los que resultaron, ya en época histórica, del juego de fuerzas étnicas y políticas (al final ya con la intervención de cartagineses y romanos) durante más de medio milenio de protohistoria, que no de historia.

Para las fuentes clásicas, especialmente las peor conocidas, como Herodoro de Heraclea y el Pseudo-Escimno, ofrece Koch observaciones y referencias bibliográficas interesantes. Los estudiosos españoles de historia antigua y de filología encontrarán en su libro una documentación importante para renovar los conocimientos sobre los que descansamos.

La etimología de *Hispania* basada en una voz indígena: vasco *ezpain* 'labio, borde (de una vasija)', pero no (si creemos a Azkue) 'Saum, Rand', tendrá los apoyos de Humboldt y todavía de Sieglin, pero pertenece a una mitología de la que se burlaba con razón Unamuno. Koch (p. 136) da por liquidada esta posibilidad, una vez que sabemos que el vasco no es el ibero. La etimología fenicia de *Hispania* que hallamos en Schulten y García y Bellido sigue siendo la mejor: 'país de conejos' (o mejor quizá, 'de una especie de tejones'); v. Koch, p. 37.

Hemos intentado dar una idea del contenido de este libro, tan rico en información, y nos atreveríamos a recomendar su presencia en las bibliotecas españolas de filología e historia antigua. Es un libro menos rico de lo que querríamos, más limitado y sobrio que los que estamos acostumbrados a leer sobre Tarteso. Ninguna referencia a los maravillosos monumentos megalíticos de Tartésida, nada de un «imperio tartesio», ninguna descripción de la ciudad de Tarteso según Justino o hasta según Platón, nada sobre la destrucción de la ciudad. Nada tampoco de la mitología tartesia, en la que se contienen datos valiosos, comenzando por los nombres de Gágoris y Habis. Y ya no en la leyenda, algún significado tiene el nombre celta de Argantonio, arraigado además en Extremadura todavía en época romana. Y no se halla la menor referencia a los hallazgos arqueológicos, como los del Carambolo, en los que fechas y temas decorativos corresponden a la época tartesia. Tampoco toma el autor posición sobre las teorías que algunos hemos intentado sobre los orígenes de la escritura del Sudoeste de la Península, que llamamos «tartesia», de la que son desarrollo las escrituras ibéricas posteriores, y que por las formas y derivaciones, tanto de la escritura fenicia como de la griega nos hemos atrevido a fechar en el 700 aC o poco después. Lo indígena, que parece se reduce al enigma escondido tras

trt/trs, queda para Koch oculto detrás de los fenicios y los ecos bíblicos de sus viajes.

Es un libro sobrio, que, con toda su minuciosa información, renuncia a cuanto no es estrictamente su tema. Un capítulo de la historia antigua queda enriquecido en aspectos fundamentales, y quien se tiene que ocupar de él está obligado a conocer este libro, que espera no sólo discusión, sino complementos.